

Mi experiencia universitaria estuvo dividida entre dos escuelas. A los 18 años, en 1975, después de graduarme, asistí durante dos años al St. Gregory College (que más tarde se convirtió en St. Gregory University y que hoy en día se encuentra cerrado). En ese tiempo, St. Gregory's era un colegio universitario de dos años. En 1977, a los 20 años, me transferí a la Universidad de Dayton, en Ohio, para terminar mis estudios universitarios. Las dos Universidades fueron experiencias excelentes y tengo muchas historias que contar, pero ese no es el propósito de este artículo — quizás lo haga más adelante. Cuando llegué por primera vez a la Universidad de Dayton, no tenía coche. Dependía de mis amigos y del transporte público para movilizarme. Al acercarse las fiestas, mis padres, para ahorrar dinero, me compraron un boleto de avión de ida y vuelta de Dayton a Little Rock, pero solo para las vacaciones de Navidad. Como las vacaciones de Navidad y de Acción de Gracias estaban separadas únicamente por 12 días, me quedé en Dayton para Acción de Gracias. En 1977, tuve la oportunidad de pasar el Día de Acción de Gracias en casa de la familia de uno de mis compañeros. En 1978, en cambio, fui a la granja de cerdos de un amigo para esa misma celebración. ¡Esa sí que fue una experiencia! La historia completa quizás aparezca en alguna Navidad futura.

Mi vuelo era por la tarde, un martes de la segunda semana de diciembre. Esa mañana terminé mi último examen y fui directamente a la tienda de dulces de la universidad para comprar algo de golosinas para los vuelos. Me encantaban los nonpareils galletas cubiertas en chocolate oscuro y quería darme un gusto para tener algo que comer durante los vuelos a casa. Mis vuelos eran con la aerolínea TWA, con conexión en St. Louis. El primer tramo salió sin ningún problema. Llegué a St. Louis con bastante tiempo para llegar a la puerta de embarque de mi vuelo a Little Rock. Todavía no había comido mis dulces. Quería esperar hasta estar en el último tramo. Al igual que con los trenes, sabía un poco sobre los aviones. Mi primer vuelo fue en un Boeing 727. Mientras esperaba en la sala de embarque para que llegara el segundo vuelo, noté que un DC-8 se acercaba a la puerta. Probablemente este era el último vuelo hacia Little Rock en la noche, así que este avión sería el primero en salir por la mañana y se necesitarían más asientos. El DC-8 era como un cigarrillo volador. Tenía dos motores en cada ala y la configuración de este vuelo era tres asientos de un lado y dos del otro. El avión tenía tres secciones en su interior: Primera Clase, seguida de una sección de clase económica muy larga y luego una tercera sección de clase económica detrás de la cocina, con quizás entre 10 y 15 filas más. Mi asiento estaba cerca del final de la primera sección de clase económica, junto a la cocina, en el lado que solo tenía dos asientos. Me tocó el asiento de la ventana y, a mi lado, estaba sentado un hombre de unos 40 y tantos años. Era evidente que ya había tomado algunas copas mientras esperaba en el aeropuerto y pidió otra bebida a la aeromoza mientras abordaban el avión. No tenía un buen presentimiento sobre esto. El embarque de este avión tomó mucho tiempo. Como era mediados de diciembre, parecía que cada pasajero llevaba paquetes navideños envueltos, ya sea sueltos o en bolsas de compras. Para quienes no vivieron en los años 70, los aviones tenían mucho espacio de almacenamiento en los compartimentos superiores y los asientos de tela (generalmente de un feo color naranja o azul) eran grandes y había bastante espacio entre filas. Normalmente, la mayoría de los pasajeros no llevaba mucho más que un maletín o un bolso de mano. Pero era época de Navidad, y subir todos esos paquetes a los compartimentos superiores tomó bastante tiempo. El tiempo de vuelo de St. Louis a Little Rock no era de más de una hora. Así que, mientras los pasajeros iban tomando sus asientos, yo empecé a comer mis dulces, mientras que el caballero a mi lado pedía una segunda bebida. ¡Señor, ayúdame!

Partimos solo unos minutos tarde. El cielo estaba tan negro como podía ser y me permitió contemplar todas las luces de la ciudad debajo. Las aeromozas pasaron ofreciéndonos una coca y pretzels. Y, por supuesto, el hombre a mi lado quería otra bebida. Pronto el paisaje cambió y las luces se volvieron más escasas mientras seguimos ascendiendo hacia el cielo nocturno. A los pocos minutos noté algunas nubes formándose a nuestro alrededor. A lo lejos, de mi lado del avión, vi relámpagos en las nubes que parecían elevarse cada vez más. Al principio parecía que el avión se alejaba de las nubes con relámpagos, pero luego pareció que la tormenta estaba a ambos lados del avión y que nos acercábamos a ella.

El piloto habló por el altavoz y pidió a todos que se abrocharan los cinturones de seguridad y a las aeromozas que tomaran asiento. Nos dijo que, como Little Rock no estaba tan lejos, entraríamos en la tormenta. Las aeromozas actuaron rápidamente y trataron de recogerle la bebida a todos. Por supuesto, el tipo a mi lado mantuvo su vaso a un lado para poder tomar su whisky con hielo durante el resto del vuelo.

En cuestión de segundos, la turbulencia comenzó sin previo aviso. El avión se sacudía de un lado a otro y de arriba abajo. Como las luces estaban encendidas en las alas, pude ver la tormenta de lluvia torrencial y que nos movíamos tan rápido como las nubes pasaban junto a nosotros. La constante vibración del avión era implacable, y el movimiento de un lado al otro y de arriba abajo empezó a provocarme malestar en el estómago. Un carrito de bebidas salió volando desde la cocina y se detuvo unas filas delante de nosotros. El hombre a mi lado se veía realmente enfermo mientras sostenía su vaso cerca de la boca, con los ojos cerrados de miedo. De repente, la turbulencia hizo descender el avión bruscamente y luego lo elevó con la misma rapidez; después el avión se sacudió de izquierda a derecha con tal fuerza que casi todos los compartimentos se abrieron y los paquetes de Navidad comenzaron a volar por la cabina. Uno de los regalos vino directo hacia mí, me golpeó en el brazo y cayó entre mis piernas. Mi estómago ya se sentía realmente fatal. Una aeromoza habló por el altavoz preguntando si había un médico a bordo porque aparentemente algo había ocurrido en la sección detrás de mí. Nunca supe qué pasó con esa persona. Con otra sacudida rápida de arriba abajo, de un lado al otro, el avión temblaba como si tuviera escalofrío. En ese momento, agarré la bolsa frente a mí y vomité todos mis dulces. El hombre a mi lado se inclinó hacia mí y su bebida cayó por todo mi regazo, y también vomitó. Noté que mucha gente se estaba enfermando. No era solo yo.

En cuestión de un momento, la turbulencia se detuvo y salimos de la tormenta. El capitán habló por el intercomunicador y se disculpó por el viaje tan agitado, diciendo que la tormenta ahora estaba sobre Little Rock y que no podíamos aterrizar, por lo que seríamos desviados a Memphis. Nos informó que en Memphis habría un autobús para quienes no quisieran volar de regreso a Little Rock. Al llegar a Memphis, usé un teléfono público para llamar a mis padres a casa, pero ya habían salido rumbo a Little Rock. (Recuerden, esto fue en una época antes de los teléfonos celulares, en la que existíamos ¡y en realidad prosperábamos!) Al aterrizar en Memphis, el avión estaba lleno de pasajeros, pero solo entre 15 y 20 de nosotros estábamos dispuestos a esperar y volar de regreso a Little Rock una vez que el avión fuera limpiado y preparado. Pudimos sentarnos donde quisiéramos. La mayoría de nosotros nos sentamos en primera clase.

El vuelo desde Memphis fue tranquilo y sin incidentes. Aterrizaron en Little Rock y todos aplaudimos a los pilotos y asistentes de vuelo. Mis padres y hermanos estaban en la puerta esperándome. Solo llegué con dos horas de retraso. Dijeron que una tormenta había llegado desde Oklahoma y todos los autos en el estacionamiento del aeropuerto estaban cubiertos de tierra marrón por causa de la tormenta en Oklahoma. De camino a casa rezamos el rosario en familia y luego compartí mi historia sobre el vuelo. Al entrar a la casa, noté que el árbol de Navidad de mis padres no estaba decorado. Mi mamá dijo que quería que yo compartiera la alegría de decorarlo. Estaba alegre de estar en casa para Navidad.

[Las fiestas pueden ser una época agitada. A veces, las cosas salen mal y están fuera de nuestro control. No podemos controlar el clima, los vuelos de avión, los horarios de tren o el tráfico en las carreteras interestatales. Cuando las cosas no salgan como las planeaste, relájate y deja que el momento te hable. Mi lección de aquel vuelo turbulento: ¡nunca comas una libra de galletas nonpareils antes de volar! 😊]

Oración: Que el Señor bendiga tus viajes en esta temporada de Navidad. Que tus vuelos sean tranquilos y sin contratiempos, y que tu tiempo en las carreteras y caminos esté libre de todo peligro. Que nuestro Señor te llene de paz en esta época festiva: en el camino, en tu hogar y en cualquier lugar donde celebres con alegría.

Padre John